


Roberto
Fontanarrosa

**El mundo
ha vivido
equivocado**

y otros cuentos



Biblioteca Fontanarrosa  Planeta

Sueño de barrio

–El comisario Marconi se apretó los ojos con los dedos de la mano derecha, y luego esgrimió un gesto de calma.

–Un momento, un momento –pidió–. Empecemos de nuevo. Usted, Pendino, soñó...

Pendino se llevó una mano al pecho, asintió con la cabeza y buscó el tono menos trémulo para su voz,

–Yo soñé... que mantenía relaciones... digamos, íntimas, con la señorita –señaló con el mentón a Celina. Celina rompió a llorar, entrecortadamente.

–¡Te voy a matar, desgraciado...! –un agente tuvo que aferrar por el brazo al señor Bustamante, que pugnaba por lanzarse sobre Pendino.

–Usted no va a matar a nadie –elevó la voz el comisario–. Siéntese. Déjelo hablar acá... al hombre. Si no lo deja hablar...

–¡Es un depravado, un degenerado! –desde su asiento, Bustamante no se doblaba. Tampoco Celina dejaba de llorar y ahora se había refugiado en los brazos de la madre.

–Siga, Pendino. Cuente... cómo fue...

–Yo estaba en el club, en el sueño yo estaba en el club y me acuerdo que llegaba el Ricardo. No tenía bien la cara del Ricardo, pero yo sabía que era el Ricardo...

–¿Quién es el Ricardo? –cortó el comisario.

–Un amigo de ahí, del club.

–¿Dónde vive?

–A la vuelta del club, al lado del almacén.

–¿El almacén de don Aldo?

–Sí.

El comisario estiró el mentón hacia el escribiente, para que no pasase por alto el detalle.

–Siga.

–Y no sé qué era que estaban haciendo en el club, estaban arreglando una pared, no sé. Había unas bolsas y Elio, el bufetero, las llevaba para adentro. Después llegaba el Colorado, que es otro amigo, pero eso era más raro porque yo sabía que era el Colorado pero la cara no era del Colorado, era como más gordo, así...–Pendino infló un poco los mofletes y simuló una papada con las manos—. Y estábamos ahí, y creo que el Colorado nos pedía que lleváramos una de las bolsas esas de porlan o qué sé yo, hasta la casa de él porque él tenía que escribirle una carta a una tía de Jujuy para decirle que estaban por construir una pieza en el fondo.

El comisario hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Encontraba el relato interesante.

–¿Después?

–Después –forzó su memoria Pendino– ...no sé, no me acuerdo muy muy bien, esa parte se me borra... No sé, no sé... Pero después aparecía, acá... la señorita...

El clima había retornado su consistencia tensa.

–Siga, siga –lo alentó el comisario.

–Tenía puesta una pollera roja, corta, bastante corta, Y una remera azul sin mangas, bien ajustada... Y me acuerdo que empezábamos a hablar y ella me decía que tenía que ir a buscar algo a la piecita del utilero...

–Momento –interrumpió el comisario–. ¿Ahí todavía estaban ese Ricardo y el otro, el Colorado?

–No, no. En esa parte ya no estaban. Además ya no estábamos en el salón del club, ahí donde le dije que estaban las bolsas esas. Estábamos en el club pero en una especie de pieza más grande, con unas mesas y unos pizarrones. Pero era el club porque afuera se veía la cancha de básquet.

–¿O sea que no había nadie viéndolos, ningún testigo?

–No... –pensó Pendino–. No... Tenía que haber gente en el club, porque en el sueño era de tarde, pero en ese momento ahí en ese salón que le digo no había nadie.

El comisario hizo un gesto con la mano, para que siguiera.

–Entonces... –continuó Pendino– ella... me decía que fuéramos hasta la piecita del utilero, que la acompañara... Ahí sí, salíamos al patio y había gente pero no sé quiénes eran. Pero eran mujeres, como si fueran de la comisión de damas. Y me acuerdo que para ir a la piecita teníamos que cruzar una especie de biblioteca, que eso es raro porque el club no tiene biblioteca pero yo después estaba pensando que debe ser porque yo el día antes había estado en lo de mi hermano, el Luis, y lo estuve ayudando a arreglar unos libros en la casa. Debe ser por eso, porque el club no tiene biblioteca, tiene un saloncito que al principio habían dicho que sería como un salón de lectura pero que después ya lo usaban para cualquier cosa y ahora se usa más que nada para jugar a las cartas... ¿vio?... No por dinero. Por pasar el rato.

–Siga, siga –urgió el comisario. Pendino frunció el ceño, pensando.

–Pasábamos por esa especie de biblioteca y ella... la señorita Celina me acuerdo que por ahí se daba vuelta y me decía: “¿Qué haces?, apurate”. Me decía “apurate”. Y ella caminaba adelante mío... tenía una pollera ajustada...

Los sollozos hipantes de Celina volvieron a escucharse. La madre apretó aún más el abrazo. El comisario Marconi autorizó a seguir a Pendino.

–Después, después... entrábamos a ese lugar, a la piecita

del utilero... Y... bueno... ahí... bueno, lo que más o menos le conté.

–Explíqueme, Pendino –reclamó el comisario–. Cuéntelo de nuevo. Su situación es muy delicada, Pendino.

–Bueno, ahí, en la piecita... –bajó un tono la voz– ... tuvimos el... contacto carnal.

El sollozo de Celina se hizo llanto desgarrado.

–¡Miente, miente desgraciado, degenerado! –lo tuvieron que contener al señor Bustamante–. ¡Que cuente de verdad cómo fue!

–Señor Pendino, señor Pendino... –procuró retomar el relato el comisario–. Por lo que usted cuenta, debemos deducir que no hubo resistencia de la señorita, que no hubo violencia, que... –Pendino meneaba lenta pero firmemente la cabeza curvando las comisuras de sus labios hacia abajo.

–Ninguna, señor comisario, ninguna. Al contrario, le diría...

–¡Hijo de puta! –dos agentes tuvieron que contener ahora a Bustamante–. ¡Hijo de puta! ¡Decir eso de mi hija, de mi hija! ¡Él la forzó a ir a la piecita del utilero y allí la violó como vaya a saber a cuántas otras! ¡Degenerado! ¡Sátiro!

El comisario pareció no hacer caso de la efervescencia de Bustamante, quien, contenido ahora por dos agentes, era obligado a sentarse.

–Entonces... –pareció querer resumir el comisario Marconi–, según usted no hubo violencia. (...)